

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C.
DIPUTADO

LUIS PÉREZ VERDÍA

EL 5 DE MAYO DE 1896,

en la solemne
inauguración del monumento erigido en honor
del Benemérito C.

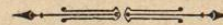
GRAL. RAMÓN CORONA,

PRESIDIDA POR EL C.

General Mariano Escobedo,

EN REPRESENTACIÓN DEL

PRIMER MAGISTRADO DE LA REPÚBLICA.



GUADALAJARA

Tip. "La Republica Literaria" de Giro L. de Guevara, Carmen y Degollado. X.

1896.



FONDO HISTORICO
RICARDO COWARRUBIAS

Señor representante del Primer

Magistrado de la Nación:

Señor Gobernador:

Señores:

El sol de Puebla ha vuelto hoy á iluminar los horizontes de la Patria mexicana, y bajo sus fulgores y por la mano misma que en el día de la gran epopeya nacional esgrimiera la espada triunfadora, se descubre en estos instantes el modesto monumento que la gratitud del Estado de Jalisco ha consagrado á la memoria del Benemérito Gobernador Constitucional General de División Don Ramón Corona. En el día de la Nación, en el día en que se conmemora la más brillante victoria que en todos nuestros anales ha alcanzado el ejército mexicano; la que pudo á la faz del mundo humillar las altaneras águilas de Austerlitz y Solferino, se levanta un recuerdo imperecedero al gran ciudadano que en los días de prueba supo identificarse con la Patria misma, y al ameritado general que se hizo digno del ejército que honró para siempre á México el 5 de mayo de 1862.

Cuanto esa gloriosa fecha significa, todo, absolutamente todo está personificado en la gran figura histórica que se levanta sobre ese pedestal. La Patria con su inmensa grandeza; la fé ciega en la justicia y el derecho de los pueblos, con su obligado cortejo de sacrificios; el pundonor militar que levanta á los soldados á las regiones olímpicas entre el humo de los combates y el desprecio de la muerte; la fortuna misma que ciñe las sienes del inmortal Zaragoza. Porque Corona, señores, formó de la Patria su

único ideal al que consagró hasta el último latido de su corazón; defendió la independencia y la libertad de México con una constancia y una abnegación propias de un mártir; formó para sí una religión de todo cuanto podía referirse al estricto deber militar, y llegó á obtener repetidos y brillantes triunfos que no desdeñarían los grandes capitanes, y que le dieron el prestigio con que la fortuna distingue á sus predilectos.

Por eso la primera estatua que se erige en Jalisco, se consagra á su memoria; por eso el Sr. Presidente de la República se digna aceptar la invitación que se le hiciera para descubrirla; por eso también el ilustre veterano de Querétaro representa en estos momentos al Primer Magistrado de la República, y por eso en fin, la alegría popular rodea esta manifestación de gratitud.

Sólo de aquel Jupiter Olímpico, pasmo del arte griego, ha podido decirse que no era inmortal sino por su estatua; por que no son columnas y mármoles los que hacen la honra de los héroes. Así dijo César con aquella penetración digna de su genio, cuando en sus primeros triunfos le ofrecían una estatua, que preferiría siem pre no tenerla á que alguno pudiera preguntar por qué acciones se le había levantado; y cuando la Academia Francesa colocó en sus salones el retrato de Molière, á quien durante su vida había cerrado sus puertas, cuidó bien de escribir que la docta corporación no fué necesaria para nada á la gloria del gran poeta cómico, sino que era él quien faltaba al esplendor de la Academia.

En Jalisco, en verdad que no hacen falta para la gloria del vencedor de los franceses, monumentos ni alabanzas; ni necesita de esos bronce, ni muchísimo menos de heraldos que pregonen su fama como yo. Apenas abierta por

la muerte la puerta de la serena región de la Historia, sus conciudadanos hemos erigido en nuestros corazones un altar á su memoria, y ha merecido ya que se le designe en esta misma tierra honrada por tantos y tan ilustres hijos, con el nombre envidiable del Gran Jalisciense.

Por sus memorables campañas, por sus hazañas legendarias, aquel caudillo puederepetir desde ultratumba las palabras de Horacio: "Levanté un monumento más duradero que el bronce y más alto que el regio edificio de las Pirámides de Egipto; que ni la lluvia voraz, ni el aquilón, impotente, ni la innumerable série de los años, ni la fuga de los tiempos puedan destruir."

Así es que el pueblo agradecido se apresura más que á celebrar una apoteosis, á pagar una deuda, y en tal virtud le concede los honores del triunfo y le decreta la erección de un monumento. Y como sino fuera bastante para justificar esa medida, la espontaneidad con que se allegaron fondos reunidos por el óbolo de todas las clases sociales, desde la maestra de escuela que en remota aldea es el único foco de ilustración y de adelanto, hasta el acaudalado banquero, desde el Presidente de la República hasta el humilde empleado, todavía circunstancias extrañas han influido para que este acto revista mayor solemnidad y quede si posible fuese más al abrigo de cualquiera duda. Si esta estatua se hubiese levantado sin tropiezo y desde el momento en que el voto público la consagrara, habría podido quizás, aunque siempre con las protestas de la Historia, juzgarse que era debida al sentimiento impremeditado y á una pasajera simpatía popular, más bien que al reconocimiento de relevantes méritos. Pero los largos años transcurridos desde que se decretó el monumento, la desaparición de los intereses políticos de aquel instante, y los naturales estorbos que

se han vencido, todo contribuye á dar hoy mayor realce á la solemnidad; porque no sólo se ha querido consagrar un honroso recuerdo á la noble figura del Sr. Gral. Corona, ni se han reunido en su mayor parte recursos particulares que demuestren su popularidad, sino que aun se ha tenido el mérito de la constancia en el designio, tan extraña por cierto en nuestra raza, que se ajusta generalmente en sus actos á la influencia de la imaginación y del momento.

Más duradero que ese bronce escultórico es en efecto el recuerdo de los triunfos alcanzados sobre las tropas francesas lanzadas en México á una criminal aventura por la ambición de Napoleón el Pequeño; porque aquellas gloriosas jornadas obtenidas á costa de tanto valor y sacrificios han pasado de acciones particulares y propias de México al libro mismo de la Humanidad, como la prueba de que el hecho es impotente para triunfar definitivamente del derecho, supuesto que según la expresión de un profundo pensador racionalista siendo este de Dios y viniendo de los hombres los hechos que lo destruyen, decir que el derecho sucumbe, es tanto como afirmar que los hombres han destronado á Dios.

Ni el aquilón impotente, ni la serie incontable de los años podrán destruir en la ciudad de Guadalajara, mientras tengan prosélitos el orden y el progreso, la memoria de la derrota de las hordas salvajes; desbordadas sobre la República entera, como el mar embravecido que amenaza invadir las altas cimas que le circundan.

El Gral. Corona, era uno de esos hombres soñadores que se identifican con todo lo que es grande; que aman cuanto representa adelanto y civilización; que llegan á la meta de su providencial destino sin perder para nada la fé en el progreso, la confianza en sus amigos, la voluntad hácia el

bien; era repito, uno de esos preciosísimos seres que mueren sin haber dado cabida en su corazón ni á las pasiones bastardas, ni al estrecho interés, ni al aborrecido egoísmo. Por eso cuantos rodeaban á ese modesto repúblico no solo le admiraban, sino que le querían con frenesí.

Y á la vez que su inteligencia perseguía siempre una idea noble, un porvenir patriótico, una reforma trascendental y bienhechora, su carácter jamás llegaba á flaquear y su constancia, aun en medio de las grandes adversidades, llegó á ser proverbial. Era la amalgama extraña, que no se encuentra por cierto en la naturaleza, del oro puro con todo su brillo y su alto precio, con el inquebrantable acero.

Cuando el país sangraba por la deslealtad y sorpresa del golpe de Estado, Corona abandonó su hogar y su reposo y se lanzó á la lucha defendiendo la Constitución, única bandera de esperanzas para la Patria, que vió al nuevo caudillo elevarse rápidamente por medio de acciones temerarias é imponer su espada victoriosa en Acaponeta y los Picachos, en Mazatlán, en Tepic, Ixcuintla, Guadalajara, Calderón y Toro Macho.

Siguieron al triunfo de la libertad alcanzado en México con torrentes de sangre, y cuando se pensaba obtener la ansiada paz que restañara tantas heridas, los días más luctuosos que pueden recordarse en toda su existencia; aquellos en que su honor se viera comprometido en lucha desigual con la primera potencia del mundo; en que su buena fé se burlara ignominiosamente en La Soledad; en que su derecho se viera desconocido, su territorio violado, su misma personalidad negada á la faz de la Europa, por suponersele una nación ingobernable, sin leyes y hasta sin conciencia de su personalidad.

Han pasado felizmente para no volver, aquellos días de

amargura y desolación y aun los espíritus más fuertes se contristan con su solo recuerdo. Por fortuna las circunstancias forman á los hombres y la Providencia no abandona jamás á la justicia. Cualquier triunfo de la fuerza contra el derecho tiene que ser efímero y los vencidos en tan santa lid pueden apelar al porvenir con toda confianza.

La impetuosidad de la agresión, la escasez de recursos para la defensa, la falta de tropas, las insidiosas asechanzas de la traición y los descalabros mismos de nuestro ejército, todo eso sirvió para exaltar el patriotismo de los nobles guerreros mexicanos, para lanzarlos á la lucha sin medir los peligros, para centuplicar sus fuerzas, para aceptar un reto á muerte y para convertir en fin, en verdaderos héroes á los modestos soldados. En esas circunstancias se nutrieron Zaragoza, Díaz y Berriozabal, Arteaga, Escobedo y Corona.

La campaña que este último emprendió en los Estados de Occidente y en la cual alcanzó sobre los franceses los memorables triunfos de Veranos, Villa-Unión, Concordia, Palos Prietos y Mazatlán, fué digna émula de la que con el mismo éxito emprendían el Sr. Gral. Don Porfirio Díaz en el Oriente, donde se cñera los lauros inmarcesibles de Miahuatlán, Carbonera y Oaxaca, y el Sr. Gral. Escobedo en Matamoros, Santa Gertrudis y San Jacinto.

Milagrosa transformación operada por el heroísmo y la fé de aquellos héroes! Los días de lágrimas, los instantes de inquietud y de zozobra en que México veía su porvenir obscuro y se sentía agobiado por el enorme peso de la iniquidad, se trocaban en esplendrosos días de gloria que levantaban á la joven República á la altura de los pueblos cultos que tienen la conciencia de su destino y que figuran honrosamente en el concierto internacional!

Y todavía como si tres años de sacrificios inauditos, de peligros y de combates, no fuesen suficientes para forzar las puertas de la inmortalidad, consideraciones de un orden sociológico enaltecen esos merecimientos. En un país tan extenso como el nuestro, con las escasas vías de comunicaciones con que entonces se contaba, casi todas interceptadas, el Gobierno del gran Juárez, había quedado aislado de sus defensores, por lo que su iniciativa durante aquella guerra había sido muy reducida, sirviendo mas bien de vínculo de unión, de centro de legalidad, de poder facultativo, que de director de las operaciones militares. Estas quedaron por lo mismo al arbitrio de los caudillos que defendían la República, quienes se atenían á sus propios esfuerzos, dirigían aisladamente la campaña y hacían uso de sus propias facultades, cuidando solo de no traspasar las instrucciones del S. Gobierno que eran amplísimas. Por esto es mas digno de notarse la lealtad, la obediencia y sumisión de aquellos generales que diseminados por todo el territorio, sin ninguna fuerza coercitiva que los mantuviese bajo la obediencia y sin un centro positivo é inmediato de acción, resistiendo siempre á las halagadoras promesas y reiteradas instancias del enemigo, se mantuvieron siempre fieles á la legalidad, consecuentes al deber y constantes defensores del Benemérito de América.

Durante ese fatigoso periodo el Gral. Corona dió siempre muestras de una modestia y de una honradez sin límites. Aun se recuerda con encanto por testigos presenciales que cuando recibió en Guadalupe y Calvo un préstamo de \$14,000 para las atenciones de su ejército, él dispuso únicamente de la cantidad de cuatro pesos para poder comprar alguna prenda de ropa indispensable!

Como complemento de aquella austeridad espartana, a

ños despues cuando ocupara el primer puerto del Pacífico hizo pagar de toda preferencia aquella deuda sagrada.

Al entrar en la nueva era que se abría á la Nación en fines de 1867, pudo decirse de Corona lo que escribió la pluma de Plutarco de uno de los más dignos jefes romanos: "en los mandos que tuvo se condujo de una manera que la autoridad era común, aun cuando mandaba sólo, y la gloria era particularmente suya aun cuando tuviese colegas en la autoridad; porque su moderación hacía que mandara de un modo que no le concitaba envidia, y su prudencia le daba á juicio de todos el primer lugar."

Por eso en la hora del triunfo se le colmó de merecidos honores á pesar de su juventud: se le confirió el importante mando de General en Jefe de la 4.^a División Militar y se le declaró ciudadano en los Estados de Puebla, Zacatecas, Durango, Sinaloa y Colima.

Años más tarde ciñóse nuevos laureles en desigual combate contra la barbarie. Aun está fresco el recuerdo de aquella terrible jornada en la que el vencedor de los franceses casi abandonado del gobierno, supo merced á su valor y pericia refrenar la audacia de un numerosísimo ejército vandálico, extinguir el germen ya imponente de una guerra de castas y consolidar el respeto á la ley.

El foragido de Alica que esgrimía en sus manos manchadas de sangre la espada con que Maximiliano comprara vergonzosamente su alianza y su neutralidad, era considerado con razón como el "azote de Dios", y al invadir la República frente de aquellos millares de indios sedientos de venganza y de pillage, pudo decir de nuevo: "La estrella cae; la tierra tiembla; soy el martillo del mundo."

Jamás la ciudad de Guadalajara se había visto expuesta á tanto riesgo; jamás el honor de las familias, la vida

de los niños, la propiedad de las personas se encontró amenazada mas de cerca, y la tea incendiaria iluminaba ya ante nuestros horrorizados ojos escenas de exterminio y de profanación, cuando el Gral. Corona, como Aecio, supo salvar á nuestra sociedad alcanzando en los áridos campos de la Mojonera la más brillante victoria.

Bastaría ese sólo hecho de armas para conquistarle en Jalisco la inmortalidad, como suficiente fué para granjearle las simpatías, el reconocimiento y la adhesión de todos sus habitantes. En Grecia se le habría deificado, y en Roma se le hubieran concedido los honores del triunfo y se le habría llamado como á Mario, el fundador de la ciudad.

Restablecido el orden, el caudillo de Occidente en vaina su acero y se consagra al servicio de su Patria, en las carreras de la diplomacia y de la política, reanudando las relaciones internacionales de México con su antigua Metrópoli, y viniendo después á regir los destinos de su Estado natal al que jamás olvidó ni aun en medio del brillo aparatoso de las cortes.

No quiero fatigar la atención de mis bondadosos oyentes con largas relaciones de méritos no desmentidos.

Resuenan apenas los ecos del bando que hace saber á la Nación entera que están cumplidos los votos de los egregios constituyentes de 1857; que merced á la poderosa y fecunda voluntad de nuestro gran Presidente y á la iniciativa de su entendido Ministro de Hacienda, la abolición de las alcabalas es ya un hecho consumado, mientras que en Jalisco se cuenta ya por lustros el tiempo transcurrido desde que su digno gobernante á trueque de su reposo estableciera la libertad mercantil, promulgando una ley de Hacienda que ejecutada con inte-

ligencia y honradez, ha producido la floreciente situación actual del erario.

La ilustración del pueblo fué otro objeto preferente de sus afanes, y logró llevar el silabario hasta las más frías serranías abriendo por sí solo más de doscientas escuelas, de primeras letras, y siendo su celo tan grande por ese ramo que á pesar de las perturbaciones de las rentas públicas, echó sobre el Estado el peso enorme del pago de la instrucción primaria aumentando en aciagos momentos el presupuesto en cerca de doscientos mil pesos. Era la única manera de que hubiese escuelas permanentes y ante aquella necesidad confirmada más tarde, ninguna dificultad fué capaz de hacerle vacilar. Mas era tan grande su amor á la niñez, tan firme su confianza en el porvenir de la juventud, tan decidido su empeño por estimularla al adelanto, que yo mismo lo he visto, Señores, cuando las arcas del gobierno se encontraban exhaustas, empeñar su crédito particular en un Banco para obtener recursos, con que premiar á los niños de las escuelas de todos los pueblos de Jalisco!

Allí está todavía el Monte de Piedad criado exclusivamente por su iniciativa particular, libertando al artesano y al pobre de la miseria y de la usura.

Así pues la estatua que hoy se descubre tiene por base la redención de los mexicanos de todo aquello que es degradante y vil. El pedestal lo ha puesto el mismo Benemérito Gral. Corona redimiendo al pueblo de la tiranía y del despotismo, del yugo extranjero, del poder de la barbarie, de la fiscalización mercantil, de las sombras espesas de la ignorancia y del innoble y aborrecido agiotista.

Semejantes fundamentos son sin disputa más durade-

ros que el bronce, y el aquilón será impotente para removerlos.

La Junta organizadora del monumento ha tenido la inmensa satisfacción de terminar sus desinteresadas tareas, por lo que merece el parabién y el aplauso de todos los jaliscienses, y al hacer la entrega de esa estatua veneranda, ha querido aumentar el brillo de la solemnidad, suplicando al Sr. Presidente de la República que se dignara ser él quien la entregase á la ilustre representación municipal. El Primer Magistrado que gusta de autorizar todo aquello que es grande y generoso; que comprende el mérito del Gral. Corona, porque como él ama á su Patria y ha sabido darle los mejores días de gloria de que puede ella envanecerse, aceptó la invitación y ha deseado que todo el respeto de su alta autoridad y de su eminente prestigio personal se refleje en honor de aquel su ilustre compañero de armas, que militó bajo sus banderas como 2^o en jefe en el memorable sitio de México, comisionando para que le represente, al veterano de Querétaro, que presencié también su arrojo y estimó sus altas prendas militares bajo los mismos muros de aquella levítica ciudad que viera hundirse para siempre al deleznable Imperio del desgraciado vástago de Carlos V.

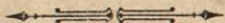
De esta suerte han venido á realzar este elocuente testimonio de gratitud, el Sr. Presidente de la República, uno de los más ameritados Generales del Ejército, el Gobernador del Estado, el M. I. Ayuntamiento, las autoridades todas de Jalisco, las diversas clases sociales desde la alta banca que estimula la circulación de la riqueza, hasta el artesano que trabaja, el estudiante que piensa y aun el

niño que ha visto en su escuela el retrato del ilustre gobernante.

Al honrar de esta suerte una memoria limpia, se enaltece el nombre mexicano: el pueblo que sigue á sus caudillos en los nobles combates, el que secunda á sus gobernantes en sus tareas patrióticas, sabe también levantar monumentos á sus héroes.

Señores: Que Jalisco cuente siempre con ciudadanos tan ilustres como el Benemérito Gral. Corona; que registre en sus anales fechas como la que hoy se conmemora, y que sepa tributar homenajes tan debidos como este al valor, á la honradez, al heroísmo!

DIJE.



F1226

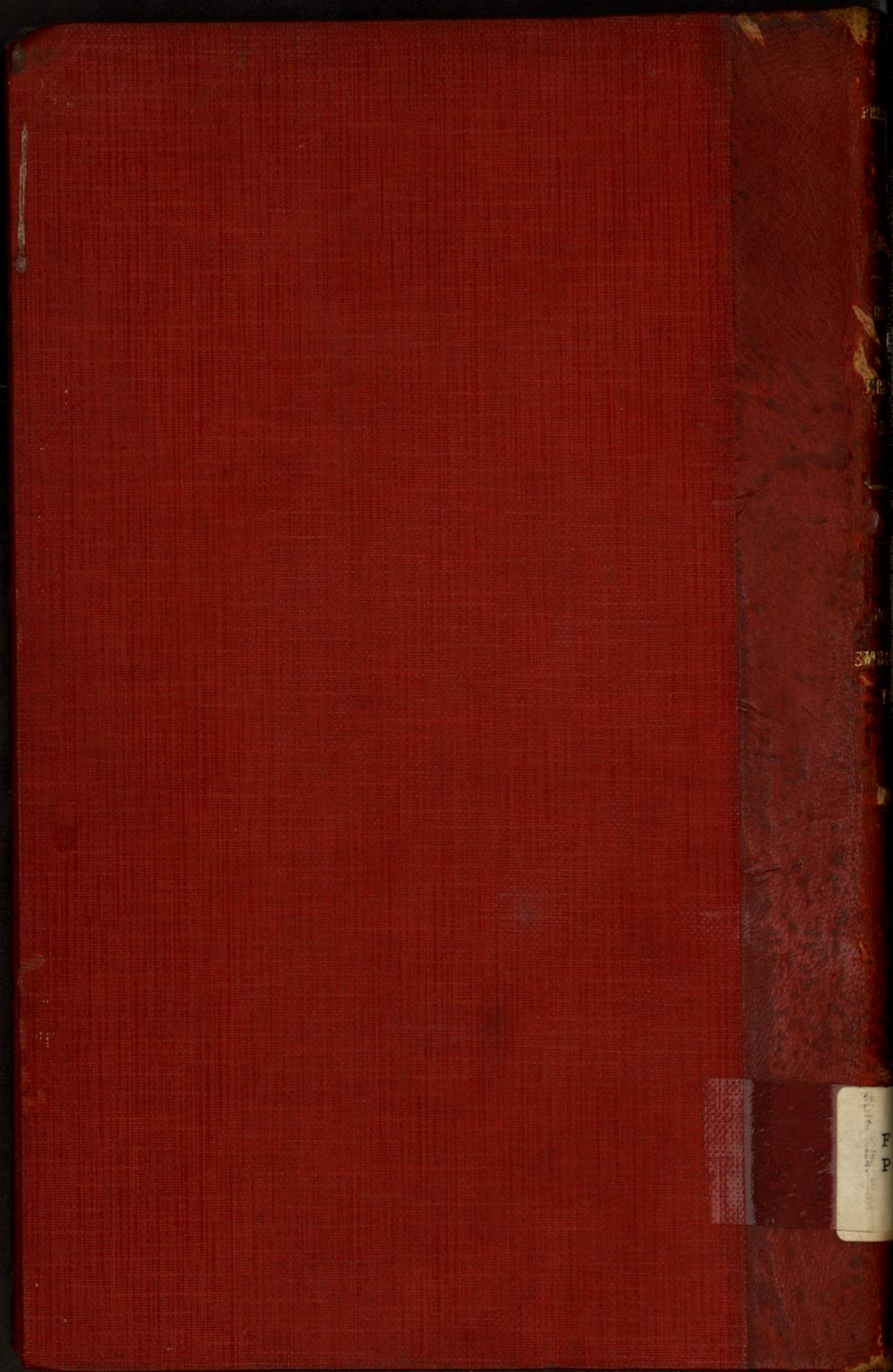
P4

FHRC

155459

AUTOR

PEREZ VERDIA, Luis



FR

FR

3700

F
P